

La estirpe del Mesías



Orciones junto a la tumba de Raquel

La esperanza en el advenimiento de un Mesías personal fue desde muy antiguo un aspecto importante de la fe judía. Sólo en tiempos relativamente recientes se ha intentado reinterpretar la figura del Mesías para que se refiera a todo el pueblo judío, o al Estado de Israel. El sabio cristiano hebreo David Baron subraya la innegable persistencia que en el judaísmo tuvo la fe en un Mesías personal, desde los antiguos tãrgumes hasta eruditos judíos medievales.

«Hay no menos de setenta y dos pasajes del Antiguo Testamento en la traducción de los cuales los Tãrgumes han mencionado claramente al Mesías, por nombre... Aben Ezra, Rashi, y casi todos los otros comentaristas judíos autorizados y respetables, aunque sin reconocer a Jesús como el Mesías, son empero unánimes [en afirmar] que en las Escrituras del Antiguo Testamento se enseña un Mesías personal.»¹

Esta antigua esperanza tiene sus raíces en numerosos textos del *Jumash*, los *Neviim* y los *Jetuvim* –o sea, en toda la Biblia hebrea; de manera que es un grave error creer, como algunos modernos eruditos judíos y cristianos, que la fe en un Mesías personal se originó justo después del retorno de Babilonia, en la época del segundo Templo.²

Lo que sí ocurrió en este tiempo fue que los datos escriturales, que revelaban un Mesías paradójicamente sufriente y victorioso, fueron reinterpretados con la mirada fija en *este último aspecto*. Así, el campo visual del judaísmo intertestamentario se estrechó y se concentró de manera creciente en el futuro triunfo bélico de Israel sobre sus enemigos, y por lo tanto, en el aspecto regio, militar y político del Mesías. Aunque, como demostraremos luego, esta concepción del Mesías no fue unánime, de hecho prevaleció en la corriente principal del judaísmo. Ésta construyó una imagen del Mesías que no era fiel a la revelada en las Escrituras, y la fatal consecuencia de esta evolución fue que gran parte de los dirigentes y del pueblo de Israel no pudo reconocer al Mesías cuando éste vino.

Esbozaremos aquí la esperanza mesiánica tal como aparece en el Tanaj, y después mostraremos cómo estas antiguas profecías hallan su fiel cumplimiento en la persona de Jesús (Yeshúa) de Nazaret. Éste era el procedimiento seguido por los Apóstoles, quienes *partiendo del Antiguo Testamento demostraban que Jesús era el Mesías*.³ En el presente capítulo haremos referencia a la ascendencia del Mesías, y en los próximos a sus títulos y misión, y al tiempo de su venida.

El Mesías, Hijo del Hombre

En el Tanaj, la esperanza mesiánica es como aquel arroyito que, al recibir numerosos afluentes a lo largo de su curso, termina siendo un caudaloso río. Mas no solamente crece en intensidad, sino que madura, completándose y precisándose con nuevas facetas y detalles que surgen durante el desarrollo de la historia del pueblo de Dios.

NACIDO DE MUJER

La primera promesa divina se encuentra al principio, inmediatamente después del pecado de Adán y Eva. Dios mismo le anuncia a la serpiente:

«Enemistad pondré entre ti y la mujer,
y entre tu linaje y su linaje;
él te pisará la cabeza
mientras acechas tú su calcañar» (Gn. 3:15).

Se anuncia una lucha sin cuartel entre la raza humana y el poder satánico y entre sus descendencias. El vocablo hebreo traducido «linaje» es *zera*, una palabra que significa literalmente semilla, y que en relación con las promesas de redención se emplea *siempre en singular*. Así designa, a la vez, a toda la descendencia de la mujer, y también a un ser humano particular e individual.

«Precisamente así ocurre en Génesis 3:15. Una de estas semillas es el linaje de la mujer, en contraste con la simiente opuesta, que es la línea de seguidores de Satán. Y entonces, sorprendentemente el texto anuncia un descendiente varón que últimamente obtendrá una aplastante victoria sobre el mismo Satanás.»⁴

El pronombre masculino singular (él) es permitido por el texto hebreo, y por el hecho de que la misma palabra se emplea para designar un hijo varón en Génesis 4:25 y 1 Samuel 1:11. De igual modo lo entendieron los sabios judíos que produjeron la traducción Septuaginta, pues ellos emplearon el pronombre masculino singular. Otro testimonio de la interpretación judía tradicional de este texto –llamado *Protoevangelio*, o «primera buena noticia» de salvación–, se halla en las traducciones al arameo o Targumes, que vieron en este texto una clara referencia a la victoria del Mesías. Según el *targum Neofiti 1* el triunfo, que sería seguido por la reconciliación de los hombres y la destrucción de la serpiente, habría de ocurrir «en los días del Rey Mesías».⁶

Por su parte, las Escrituras del Nuevo Pacto proclaman la victoria de Yeshúa sobre el poder de Satanás: Mt. 4:1-11; Lc. 10:18; 11:14-22; Col. 2:8-15; He. 2:14s; Ap. 12:7-9, etc.

El anuncio de que un hombre habría de destruir algún día a la serpiente y su maligna obra fue sin duda reconfortante, pero muy poco específico.

HIJO DE ABRAHAM

La promesa de salvación se hace más precisa cuando Dios elige y llama a Abram, anunciándole: «Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Gn. 12:3). Esta bendición universal habría de venir a través de la descendencia del padre Abraham: «En tu simiente (*zera*) serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz» (Gn. 22:18, Reina-Valera). El Apóstol Pablo vio en esta promesa una referencia al Mesías, que sería la Simiente de Abraham: Gá. 3:15.

DE LA TRIBU DE JUDÁ

De los hijos de Abraham, fue Isaac quien heredó la promesa hecha a su padre: «Todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente» (Gn. 26:4, Reina-Valera). De los hijos gemelos de Isaac fue el menor, Jacob –rebautizado Israel por Dios mismo– el que continuó con la línea genealógica vinculada a la promesa de bendición universal: «todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente» (Gn. 28:14, Reina-Valera). Los doce hijos de Jacob fueron los patriarcas que darían origen a las doce tribus de la nación de Israel. En su bendición final, Jacob anunció proféticamente que sería la descendencia de su hijo Judá la que llevaría el estandarte de la redención mesiánica.

«No faltará de Judá el cetro,
ni de entre sus pies el báculo,
hasta que venga aquél cuyo es,
y a él darán obediencia los pueblos»
(Gn. 49:10, Nácar-Colunga).

El conjunto de la tradición judía siempre creyó que ésta era una profecía del Mesías. Un testimonio antiguo es la obra pseudoepigráfica titulada *Testamento de los Doce Patriarcas*. En él se ponen estas palabras en boca de Judá:

«Mi reino acabará entre gentes extrañas, hasta que venga la salvación de Israel... para que Jacob... pueda descansar en paz. Él guardará la fortaleza de mi reino para siempre, pues el Señor me juró solemnemente que permanecería la realeza de mi descendencia en todo momento, por siempre...

»Brillará entonces el cetro de mi reino, y de vuestra raíz [la de los descendientes de Judá] saldrá un tallo. En él surgirá un báculo justo para los gentiles, para hacer justicia y salvar a cuantos invoquen al Señor.»⁷

Este texto, fechado entre los siglos II y I a.C., combina varias profecías mesiánicas, incluyendo Gn. 49:10; nótese la

alusión al cetro, al báculo y a los gentiles. En general, que este texto es un anuncio del Mesías no estuvo en discusión. La única duda concierne al significado preciso del vocablo *shl'*. Si se la toma como un nombre propio, Shiloh, cabe interpretarlo ora como un lugar –«hasta que venga a Shilo»– o como el nombre de una persona: «hasta que Shiloh venga». La primera explicación es inadecuada por las siguientes razones:

1. Ninguna versión antigua lo traduce en este sentido.
2. No hay evidencia de que la ciudad de Silo existiese en el tiempo de Jacob.
3. Esa ciudad, la primera en alojar el Arca de la Alianza, fue destruida mucho antes de que la casa de Judá recibiese el cetro real en la persona de David: 1 S. 4:12-22; Jer. 7:12-15; Sal. 78:59-72.

Queda pues la posibilidad de que Shiloh sea el nombre de una persona. En este caso, como el nombre de Salomón (*shlomo*), podría vincularse con la raíz *shala*, «estar tranquilo». Significaría entonces «pacífico» o «dador de paz». Así lo interpretaron algunos targumes y el mismo Talmud, que en el tratado Sanedrín 98b dice: «¿Cómo se llama [el Mesías] –Se llama Shiló –afirmaron en la escuela de rabí Shilá– porque dice lo escrito: *Hasta que venga Shiló.*»

Sin embargo, el nombre propio de Shiloh no se aplica al Mesías en ningún otro sitio del Antiguo o Nuevo Pacto. Lo más parecido es el título de Príncipe de Paz que menciona Is. 9:5. Por ello, y teniendo en cuenta que el hebreo bíblico carecía de signos vocálicos, es probable que *shl'* deba leerse *shel'o*: she (quien) l' (a) ö (él). Es una forma contraída de *'aserlo*, que significa «aquél a quien pertenece».⁸

Esta interpretación tampoco es nueva, pues aparece en la antigua versión Septuaginta y en los targumes de Onkelos y Jerusalén. Ambos textos arameos amplifican en este punto el texto bíblico y le dan una aplicación mesiánica.

El de Jerusalén dice explícitamente «hasta que venga el rey mesías a quien pertenece la realeza y a quien estarán sometidos todos los pueblos». Aplica los versículos siguientes a la doble labor de guerra y de paz que llevaría a cabo el Mesías. Esta interpretación del misterioso término *shl'* encuentra también apoyo en otro texto mesiánico que se encuentra en Ez. 21: 27 (= 21:31 del texto masorético). Allí Yahvéh mismo dice «hasta que llegue *aquél a quien pertenece el juicio y a quien Yo se lo daré.*»

Acerca de este pasaje de Ezequiel se ha dicho que

«Aquí encuentra el mejor apoyo del contenido mesiánico [de Génesis 49:10s] que la exégesis judía y cristiana ha hallado en el dicho desde los tiempos más tempranos.»⁹

En su comentario a Génesis 49:10, Colunga y García Cordero concluyen:

«Así, el sentido es que el *cetro* o supremacía será tenido por Judá hasta que venga *aquel a quien* le pertenece el *derecho* definitivamente, el Mesías, como lo interpretó la tradición judía.»¹⁰

Ahora bien, si admitimos, junto con la mejor tradición hebrea, el carácter mesiánico de esta profecía, estamos obligados también a pensar que el Rey Mesías de la casa de Judá que ella anuncia *ya debe de haber venido*. Si así no fuese, no sería ya posible autenticar su cumplimiento, porque

«no hay más tal cosa como la tribu de Judá, pues las genealogías están hoy todas extintas, y ningún judío puede decir con certeza la tribu a la cual pertenece, de modo que no puede hablarse de un cumplimiento futuro de esta profecía; pues supóngase que el Mesías viniese hoy; ¿cómo podrían sus pretensiones ser puestas a prueba por la piedra de toque de las genealogías?»¹¹

VÁSTAGO DE JESÉ

Efectivamente, el Mesías había de ser un varón, descendiente de Abraham, Isaac y Jacob, de la tribu de Judá, y específicamente de una de las familias de dicha tribu, la familia de Jesé ó Isaí. De este modo lo anunció el profeta Isaías, al llamar al Mesías «un vástago del tronco de Jesé» (11:1).

HIJO DE DAVID

La soberanía divina en la elección se mostró una vez más cuando de entre los ocho hijos de Jesé, el escogido para recibir la unción de Dios fue precisamente el menor de ellos, David (1 S. 16:1-13).

El profeta Natán anunció la elección de la descendencia de David, hecho que se cumplió en primer lugar con Salomón (2 S. 7:12-16) pero que de ningún modo podía consumarse con éste: «yo consolidaré el trono de tu realeza para siempre... tu trono estará firme eternamente» (2 S. 7:13, 16, cf. 1 Cr. 17:14). Tal anuncio fue reiterado una y otra vez por los profetas:

«Grande es su señorío y la paz no tendrá fin sobre el trono de David y sobre su reino, para restaurarlo y consolidarlo por la equidad y la justicia. Desde ahora y para siempre, el celo de Yahvéh Sebaot hará eso» (Is. 9:6).

«Mirad que días vienen –oráculo de Yahvéh– en que suscitaré a David un Germen justo... En sus días estará a salvo Judá e Israel vivirá en seguro. Y éste es el nombre con que le llamarán: “Yahvéh, justicia nuestra”» (Jer. 23:5s).

«Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David... Yo, Yahvéh, seré su Dios, y mi

siervo David en medio de ellos... mi siervo David será su príncipe eternamente» (Ez. 34:23s; 37:25, cf. 37:24-28).

De esta manera, la promesa de salvación iniciada en el Edén, es vinculada sucesivamente con:

1. Un varón,
2. descendiente de Abraham,
3. de Isaac y
4. de Jacob;
5. de la tribu de Judá,
6. de la familia de Jesé y
7. del linaje de David.

CUMPLIMIENTO

La progresiva revelación de Dios fue estrechando el círculo y al mismo tiempo precisando la estirpe del Mesías, que debía necesariamente ser un descendiente de David. En Mateo 1:1-17 y Lucas 3:23-38 hay dos genealogías de Jesús, y ambas lo declaran descendiente de Abraham, Isaac, Jacob, Judá, Jesé y David.¹² Lucas va más lejos, y asciende hasta Adán mismo, lo cual nos vincula nuevamente con Génesis 3:15.

David Baron hace una observación importantísima, y es que *en ninguna de las discusiones con los escribas y los fariseos la ascendencia davídica de Jesús fue cuestionada*. Tampoco los apóstoles fueron cuestionados cuando describieron al Mesías Yeshúa como Hijo de David.

La falta de impugnación judía acerca de la genealogía del Nazareno es tanto más significativa si se recuerda que en los Evangelios no se ocultan acusaciones mucho más graves en contra de Jesús y sus seguidores: obrar por el poder de Satanás, estar poseído, quebrantar la Ley, violar el reposo sabático, blasfemar el nombre de Dios, y conspirar contra las autoridades.¹³

De igual modo, el cuestionamiento sobre la ascendencia de Jesús o la legitimidad de su nacimiento está notablemente ausente de las discusiones de los sabios tanaítas, cosa curiosa si se recuerda que los Evangelios tuvieron una amplia difusión mucho antes de que terminase de ser compilada la Misná. La *Encyclopedia Judaica* dice sucintamente:

«los tanaítas no adjudicaron un nacimiento ilegítimo a Jesús, y si lo hubieran hecho no hubieran tenido razones para ocultarlo».¹⁴

Las pocas alusiones a la cuestión de la ilegitimidad aparecieron mucho más tardíamente, en la época de los amoraítas, sin fundamento histórico y al calor de la controversia entre judíos y cristianos. Por otra parte, en el Nuevo Pacto la ascendencia davídica de Yeshúa se afirma explícita y reiteradamente, no solamente en las genealogías:

1. Se le llama «Hijo de David»: Mateo 9:27; 21:9, 15s, etc.
2. El mismo Yeshúa demostró con las Escrituras que el Mesías debía ser un descendiente de David: Mateo 22:41-46, etc.
3. Los apóstoles lo proclamaron Hijo de David y Mesías en el día de Pentecostés: Hechos 2:22-36.

Por tanto, puede demostrarse más allá de toda duda razonable que Jesús de Nazaret fue verdaderamente un descendiente de David, como debía serlo el Mesías. Empero, la Escritura enseña claramente que el Mesías habría de ser mucho más que un Hijo de David.

El Mesías, Hijo de Dios

Las Escrituras hebreas no solamente anuncian cuál sería la familia humana del Mesías, sino también su naturaleza divina. Aunque en el fragor de la polémica con los cristianos,

los rabinos hayan llegado a negar que Dios pueda tener hijos, lo cierto es que la concepción de Dios como un Padre y de los israelitas como sus hijos tiene una firme base tanto en el Tanaj como en diversos escritos pseudoepigráficos. Como dijimos en otra parte:

«Los israelitas fueron llamados “hijos de Dios” en el Antiguo Testamento (v.g., Dt. 14:1; Jer. 3:19; Is. 1:2; 30:1, 9, en contexto de juicio; Os. 1:10, “hijos del Dios viviente”). Israel como nación también es llamada Hijo de Dios (Éx. 4:22; Os. 11:1). La noción complementaria de Dios como Padre también está nítidamente presente en el Antiguo Testamento (Dt. 32:6; Jer. 3:4; 31:9; Mal. 1:6; 2:10).

»En el judaísmo del tiempo de Jesús la paternidad de Dios era también explícitamente reconocida en bendiciones y plegarias como las *shemoneh eshreh* (Dieciocho Bendiciones).»¹⁵

Así, el hecho de que el Mesías sea llamado Hijo de Dios en el libro del Nuevo Pacto está en plena conformidad con el Tanaj bien entendido, como se puede ver cuando se comparan diversos textos mesiánicos.

Isaías 7:14 y *Jeremías 23:6* dan testimonio de la divinidad del Mesías, cuyos nombres –que en el pensamiento semita se vinculan con la esencia de lo nombrado– serían *Emanuel*, «Dios con nosotros» y *Yahweh tzedikenu*, «Adonai, justicia nuestra». Estos textos son tenidos en cuenta en el Nuevo Pacto: Mateo 1:22s; Romanos 5:18; 10:4.

Isaías 9:5 describe al Rey Mesías, Hijo de David, y menciona sus títulos y atributos: «Maravilloso Consejero», «Dios Fuerte», «Padre de Eternidad» y «Príncipe de Paz». La expresión Dios Fuerte es *el gibbor*. Puede traducirse también como «guerrero victorioso», pero *Isaías* en ningún otro lado la emplea en este sentido, y en cambio sí la aplica a Adonai en el capítulo siguiente (10:21; cf. Dt. 10:17 y Sal. 24:8). De igual modo, el título Padre de Eternidad, claramente divino, se le otorga aquí al Mesías.

Miqueas 5:1, además de anunciar el lugar preciso del nacimiento del Mesías, en Belén Efratá, dice que las salidas del Rey venidero son «desde la eternidad», desde siempre; esto sólo puede decirse de Dios.¹⁶ Además, Miqueas profetizó que el Rey Mesías «se alzaré y pastorearé con el poder de Yahvéh, con la majestad del nombre de Yahvéh su Dios».

Salmo 45:6 dice acerca del Rey: «Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos; y el cetro de tu reino es cetro de equidad.» Sobre este texto se ha subrayado que:

«El hebreo resiste aquí toda atenuación y es el Nuevo Testamento, y no las nuevas traducciones, el que le hace justicia cuando lo usa para probar la superioridad del Hijo de Dios sobre los mismos ángeles. Además de esto, el versículo 7 distingue entre “Dios, tu Dios” y el rey a quien se denomina “Dios” en el versículo 6. Esta paradoja es coherente con la encarnación, pero ininteligible en cualquier otro contexto.»¹⁷

Debe recordarse, por otra parte, que la tradición judía reconoció la naturaleza mesiánica de este salmo, hecho demostrado, por ejemplo, en esta paráfrasis de un Targum:

«El trono de tu gloria lo ha establecido Yahweh por los siglos de los siglos. Tu cetro real es un cetro de rectitud. Y a ti, oh rey mesías, como has amado la justicia y odiado la impiedad, Yahweh tu Dios te ha consagrado con el óleo de alegría más que a tus compañeros.»¹⁸

El *Salmo 110* es un salmo de David. En el texto hebreo, el título «Salmo de David» antecede sin interrupción alguna a la siguiente frase: «Oráculo de Yahvéh a mi Señor». El Señor del rey David no es otro que el Mesías, y es muy probable que este texto haya sido considerado mesiánico por el judaísmo primitivo, sentido descartado luego a causa del uso apologético que los cristianos hacían de este texto. Yeshúa en persona planteó a los fariseos el problema de la correcta interpretación de este texto: «¿Cómo David, movido

por el Espíritu Santo, le llama Señor [al Mesías]...? Si pues David le llama Señor, ¿cómo puede ser hijo suyo?» Obviamente, la superioridad del Mesías sobre David, y sobre todo rey, es debida a su naturaleza divina.

Zacarías 11:13 era un texto tan enigmático que se le buscaron ingeniosas explicaciones de toda índole. Lo que dice es que Yahvéh es el pastor de su pueblo, que ha sido valuado en treinta monedas de plata. En 12:10 Dios mismo dice que el pueblo habría de mirarle a Él, traspasado. Tales cosas jamás hubieran podido cumplirse si Dios no se hubiese hecho hombre; aparte del sacrificio del Mesías estas palabras serían un insondable enigma.¹⁹

Incapaz de admitir las implicaciones de estas misteriosas profecías, la tradición targúmica imaginó un inverosímil «mesías, hijo de Efraín» o de José, que moriría en lucha contra las fuerzas del mal: «Y mirarán hacia mí [Adonai] y me preguntarán: ¿por qué las naciones han traspasado al mesías hijo de Efraín?»²⁰ Esta ampliación, totalmente forzada, distorsiona completamente el sentido del texto: Dios ya no es su protagonista, sino un testigo más.

Isaías 4:2 llama al Mesías el Germen, Retoño o Vástago de Yahvéh. En buen romance, estas expresiones equivalen a decirle «Hijo de Dios». En efecto, la palabra *tsemaj*, retoño, se emplea para referirse a la ascendencia humana del Mesías (Zac. 6:12; Jer. 23:5s). Además, la tradición judía tuvo este texto por mesiánico:

«Nuevamente hay aquí escasa controversia acerca de la aplicación mesiánica de esta profecía... Kimchi dice: la explicación del “Retoño de Yahvéh” es Mesías hijo de David, como está escrito: “Mirad, ... suscitaré a David un retoño justo”. [Pseudo] Jonatán, en su targum, ha parafraseado “Retoño de Yahvéh” como “el Mesías de Dios”, y ésta es asimismo la opinión de la mayoría de los judíos que creen en un Mesías personal.»²¹

Cumplimiento en Yeshúa

En resumen, la enseñanza del Tanaj es que el Retoño o Mesías sería a la vez humano y divino, descendiente de David y Retoño de Adonai. Estas verdades son destacadas claramente en los Evangelios, con referencia a la persona y la obra de Yeshúa. Solamente en el Maestro de Nazaret el complejo y riquísimo panorama profético del Tanaj se cumple y se hace comprensible. Tres de los cuatro Evangelios que se encuentran en el libro del Nuevo Pacto insisten especialmente en cada uno de estos aspectos: Marcos en la humanidad del Mesías, Mateo en su ascendencia de David, y Juan en su origen divino. El restante evangelio, el de Lucas, presenta a Jesús como el Siervo Sufriente de Adonai, tema que reservamos para el siguiente capítulo.

1. *Yeshúa era plenamente humano*

La humanidad de nuestro Mesías fue especialmente subrayada por Marcos, quien presentó a Yeshúa en acción, como el Hombre Perfecto. Además de destacar su conciencia mesiánica, el título que el Maestro de Nazaret tomó para sí, Hijo del Hombre, confirma su plena humanidad. El resto del Nuevo Testamento insiste en este hecho:

Nació de una mujer, la virgen Miriam o María: Mateo 1:25; Lucas 2:6; Gálatas 4:4.

Circuncidado al octavo día y presentado en el Templo, según la Ley: Lucas 2:21.

Hecho en todo igual a sus hermanos: Hebreos 2:14-18 (pero sin pecado, 4:15).

2. *Yeshúa fue descendiente de David, como hemos visto*

Fue el evangelista Leví Mateo quien en especial se ocupó de dar testimonio sobre la ascendencia davídica de Jesús. Mateo muestra cómo en el Maestro de Galilea se cumplen las promesas divinas hechas a Israel, de modo que son los seguidores de Jesús, circuncidados o incircuncisos, quienes

constituyen el Israel de Dios y la simiente espiritual de Abraham.²²

3. *Yeshúa era el Hijo de Dios*

El Nuevo Testamento llama a Jesús «Hijo de Dios» no sólo por su identificación con la voluntad del Padre y su obediente sumisión a Él, sino también por la plena participación del Mesías en la mismísima naturaleza de Dios. Esta enseñanza recorre las páginas del Nuevo Pacto de principio a fin. Así, la virgen Miriam se encontró encinta por obra del Espíritu Santo (Mt. 1:18). El ángel Gabriel le había dicho acerca del niño: «Será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre... el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc. 1:32, 35). En estos pocos versículos y en conformidad con el Tanaj, el ángel da testimonio de la stirpe del Mesías, que era a la vez davídica –David es su padre– y divina –será llamado Hijo del Altísimo. Como pasa con aquélla, la stirpe divina también es confirmada una y otra vez, como por ejemplo:

En el bautismo de Jesús: Mateo 3:13-17 y paralelos.

En la transfiguración: Mateo 17:1-9 y paralelos.

En la confesión de Pedro y en la predicación apostólica: Mateo 16:16-18; Hechos 13:32s; Romanos 8:3, 32; 9:5; 15:6; Colosenses 1:15-18; Filipenses 2:8-11; Hebreos 1:1; 1 Juan 1:3, 7, etc.

Fue el apóstol Juan, empero, quien más insistió en este aspecto de la persona del Mesías. Al principio de su Evangelio identificó a Yeshúa con la Palabra o Verbo que estaba ya en el principio con Dios, y dice de este Verbo que «se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1:14). Yeshúa es el Hijo de Dios que no solamente da a conocer cómo es el Padre, sino que además es entregado por éste para la redención de la raza humana: Juan 1:18; 3:16-21; 10:17s.